27359

:-: INFLUENCIAS RECIPROCAS ENTRE LA MUJER Y LA LITERATURA :-:

CONFERENCIA

DADA EN EL TEATRO BRETÓN DE LOS HERREROS, DE LOGROÑO, ORGANIZADA POR EL **Centro Artístico**, POR

D.ª CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

PROP. INT
DEPOSITO

Prólogo de EMILIO F. CADARSO

24 DE MARZO DE 1912 **Precio: 15 cts. ejemplar**

IMP. Y LIB. DE "LA RIOJA" - LOGROÑO

43816

Cataluña de Burgos Segura

PRÓLOGO

"COLOMBINE"

La conocí en el Ministerio de Instrucción pública, en ocasión que regresaba de su viaje artístico-pedagógico por Europa, subvencionada por el Estado, y daba las gracias á nuestro ilustre paisano don Amós Salvador por haberla trasladado de la cátedra que explicaba en la Normal de Madrid, ganada en reñidas oposiciones, á la Escuela Superior del Hogar, de reciente fundación.

Después de tratar con la galanura propia de tan grandes admiradores del arte de las bellezas y recuerdos de Roma y Venecia, Suiza y París, donde *Colombine* explicó hermosas conferencias sobre la mujer española, y cuyas impresiones dejó grabadas en su libro *Por Europa,* la conversación versó sobre España y llegó á Almería, su país natal, cuya brillante descripción cortó con un suspiro que encerraba mil pensamientos y cuya frase terminó diciendo: «Pero nadie es profeta en su tierra; la envidia hace mucho daño.»

También don Amós, el riojano amante de Logroño por excelencia, pensaba en su pueblo y dijo: «Tiene usted razón; sobre el cuerpo del hombre público se arrastra siempre algún gusano: la envidia ó la calumnia.

»Los políticos experimentan en la vida (y es inevitable y nadie puede de ello quejarse) las más altas satisfacciones y las más hondas amarguras. ¡Cuántas sufrió de unas y otras Sagasta, á quien lloran y llorarán mucho tiempo la patria y la libertad!

«Yo mismo he recibido en mi pueblo las mayores distinciones, festejos, agasajos y honores que cabría imaginar. Y, últimamente, he sido objeto de consideraciones tales, que no se apartarán ya de mi memoria. Pero hubo un tiempo, aunque duró poco, en el que caí tan bajo que no se querían de mí ni los servicios, en el que se me escatimaba hasta el saludo y á poco más se me hubieran azuzado los perros cuando pasaba por la calle.

»No hay para qué decir que lo sufrí con la debida resignación, sin la menor muestra de molestia, porque es ley humana, y sin encono para con nadie, porque á eso lleva la política y luego se olvida y al fin se hace justicia.»

Y así es.

Porque si ambos tuvieron envidiosos y calumniadores, los dos en sus respectivas esferas han llegado á la cima.

*

Carmen de Burgos es amiga de los pobres; ve que sufren, que padecen, que tienen hambre y sed, y fustiga desde los innumerables periódicos donde colabora y desde sus libros *Los inadaptados* y *Giacomo Leopardi* á todos los parásitos. Ve que abundan la indigencia, la desnudez, la impudicia, los presidios, los harapos, la miseria, los crímenes, la ignorancia y que las infelices criaturas crecen para el mal en semejante ambiente, y escribe su célebre obra *La protección y la higiene de los niños*, y pide la fundación de más escuelas con cantinas y sanatorios; observa el gran número de desgraciados niños sordos y mudos, y se hace ella misma profesora de sordo-mudos y ciegos, para llevar con la enseñanza pedazos de felicidad al alma sana de esos infelices; quiere educar á la niña para que sea dichosa y sepa hacer feliz al hogar que en su día la corresponda, y publica sus populares crónicas, sus inspirados *Modelos de Cartas* y *Moderno tratado de labores*, á la vez que traduce *La inferioridad mental de la mujer* y su original *Divorcios en España*, cuya necesidad deduce principalmente de la mala legislación que regula el matrimonio en España, al no prohibirlo entre personas de edades desiguales, ó defectuosas, física y moralmente, engendradoras seguramente de hijos entecos, débiles y atrofiados; por consentirlo entre jóvenes inexpertos é ineptos de doce y catorce años, y porque al castigar *el adulterio* absuelve al marido que mata á la esposa infiel, mientras que denomi-

na simplemente infidelidad la del hombre, y en ninguno de sus artículos atenúa siquiera la venganza de la esposa ultrajada.

*

Y á esto, á pedir justicia para los desgraciados; á aportar su grano de arena en la gran obra de buscar el medio de instaurar un sistema social equitativo entre el Capital y el Trabajo, que asegure al obrero el derecho á trabajar cuando es apto, á la asistencia cuando es viejo, está enfermo ó imposibilitado; á impedir que sea el presidio ó el suicidio el refugio del pobre y el hambriento; á extender la instrucción entre todas las clases y consagrar la vida entera á querer el bien, amar el trabajo, hacer prosperar los medios de riqueza, encauzar la sociedad en moldes de salud y felicidad, es lo que ha dado en llamarse *radicalismo*, y que á sus propagadores, nacidos y ocupados siempre en alentar esperanzas de bien en corazones ajenos, se les quiera hacer el vacío, por atávicos sentimientos nacidos siempre en conciencias ruines y miserables.

Un enano puede añadir ponzoña á su pequeñez sin dejar de ser enano.

EMILIO F. CADARSO.

INFLUENCIAS RECÍPROCAS

ENTRE LA MUJER Y LA LITERATURA

SEÑORAS. SEÑORES:

Es la primera vez que visito la hermosa región de la Rioja y hállase tan conturbado mi ánimo con la difícil misión que me habéis confiado, que apenas acierto á expresar la emoción hondísima que me embarga en estos instantes.

Los que presenciamos un hecho histórico importante no estamos capacitados para darnos cuenta de él. Se necesita la lejanía, la media luz incierta del pasado, á fin de que con el desapasionamiento de la crítica se puedan juzgar los hechos y establecer conclusiones y consecuencias.

Nosotros estamos en uno de esos momentos de transición en los que se transforma la faz de una sociedad entera. Descontando los grandes hechos de orden político ó social, los progresos de las ciencias, los elementos nuevos sobre los que podemos operar y los cambios que establecen los adelantos de las industrias y el progreso para modificar las costumbres ó crear nuevas necesidades, bastará fijarse en la evolución que en la vida de la mujer se opera y comprenderemos el importante movimiento evolutivo que presenciamos.

Se han abandonado al fin vulgares preocupaciones. No se discute ya la superioridad ó inferioridad entre dos sexos llamados á complementarse en una común y diferente misión; no se emplea el manoseado y trivial argumento de peso y tamaño del cerebro; no se nos recrimina nuestra mayor sensibilidad como un defecto; y ya ni los filósofos tienen el mal gusto de vejarnos como Schopenhaüer y Moebius, ni se consideran de buen efecto estético las sátiras contra el honor femenil, tan en voga en los pasados siglos, cuando los hombres parecían honrarse proclamando las debilidades de sus madres y esposas. Ya no se discute, como sucedió en el Concilio de Maçon, si tenemos alma, ni los Santos Padres nos obsequian con sus manojos de flores místicas. La mujer ha ganado valientemente sus trincheras, no con delirios feministas, sino con un trabajo de dignificación continuo y perseverante. Hoy nadie niega las facultades femeninas que se desenvuelven en las ciencias, en las artes y en el trabajo. Nadie duda de que la mujer, sin dejar de ser mujer, de ser madre amante, esposa ejemplar, hija sumisa, puede tomar parte en las li-

des del saber. Aparece en nuestra sociedad este tipo de mujer nuevo, dulce y fuerte, que ama y piensa, que lucha y trabaja, que se eleva sobre el tipo de la hembra y crea la figura perfecta de la mujer, de la madre.

Y caen ante ella derrumbadas las viejas murallas de prejuicios absurdos, y se la da el puesto de compañera que debe tener en el hogar y en la vida, y se la escucha y se la educa, y se la dignifica. El hombre comprende que su obra es obra de colaboración; encuentra la dulzura del hogar con la *compañera* culta y buena que sabe comprenderlo, pensar con él y conservar en su granero lo mejor y más fuerte de lo que tienen que abandonar al acudir al trabajo fuera de casa. Seres complementarios, no podríamos realizar nuestra misión sin llegar á la compenetración de espíritus que nos impone una labor de creación y conservación paralela á la del hombre y nos coloca á su misma altura.

De este modo la mujer es capaz de educar una generación de hombres honrados, de inculcar en el corazón de los hijos la fortaleza y la virtud. Somos nosotras responsables hoy, que se nos dan los medios para ello, del ser moral que se forme en nuestros educandos. Al darles el beso de paz sobre la frente en el dintel de nuestra puerta hay que poner en él todo el consejo y toda la dulzura que se sedimenta en el alma después de un profundo trabajo, á la luz de la lámpara, en un gabinete lleno de paz y de serenidad.

Pero entended bien el equilibrio que hay en nuestra misión. No nos dejemos deslumbrar demasiado por los que nos adulan y no pensemos en ser más *importantes* ó *superiores* á nuestros compañeros. Nuestra obra no es de lucha, es de colaboración: su secreto está en el compañerismo.

A la mujer la perjudica el deslumbramiento de recobrar su personalidad después de una larga esclavitud, exagera y cae en los delirios de un feminismo antipático y masculinizador ó bien cae en el extremo contrario; se deja ganar por una molicie de serrallo y quiere continuar en el adormecimiento de la hembra, sin aceptar su parte de responsabilidad en las grandes obras sociales.

El justo medio está en encauzar las facultades femeninas con una educación muy sólida y bien equilibrada. No se necesitan grandes hechos, no se nos piden heroicidades ni cosas extraordinarias; nos basta con educarnos, es decir, con desenvolver todas nuestras facultades hasta el mayor grado de perfección posible, no dejar que se esterilicen los gérmenes que existen en nosotras, y que la mitad de los humanos no sea un peso muerto para dificultar la labor de la otra mitad.

No os detenga en vuestra marcha, señoras, el temor de los que pretenden caricaturizar la misión social de la mujer. Todos sus argumentos son hoy ridículos y vanos, de zarzuela chica, y sólo los sostienen los que no tuvieron la suerte de ser educados por una mujer superior; los envidiosos, de espíritu impotente y mezquino, cerebros vulgares que no se verán satisfechos después de sus diatribas, porque jamás el ser humano está contento si ese censor de nuestros actos, que va en nosotros mismos, no aprueba la conducta que seguimos.

Para luchar con esa insignificante minoría que se nos opone, está todo nuestro esfuerzo, toda nuestra entereza y todo el apoyo de los hombres cultos que sienten la necesidad de regenerar la verdadera patria y saben que sólo puede conseguirse educando á la mujer. Esta es la labor de los pueblos modernos y la que reclama con ur-

gencia nuestra España, presa de atavismos y fanatismos, donde la inmovilidad se preconiza como virtud.

Vosotros lo habéis entendido así, abrís las puertas y los ventanales de vuestro hogar, lo orientáis hacia todos los puntos cardinales, no teméis que lleguen las ideas nuevas ni las viejas ideas en su lucha de luz, recibís todas las auras frescas y vivificantes que vienen á oxigenaar los cerebros, no omitís sacrificios para traer á todos los que puedan sembrar una semilla de pensamiento, sin preguntarles su credo seguros de que todos han de converger en un punto común: en la lealtad y en el respeto á la *moral fundamental* impresa en el alma de todos, y que no es una palabra hueca, como lo que podríamos llamar la *moral de la gazmoñería.*

Yo os agradezco el puesto de honor que me asignáis inaugurando estas conferencias. De un modesto soldado de fila hacéis un soldado distinguido (ojalá no llegue nunca á general) y el puesto que me dáis me obliga al esfuerzo para merecerlo.

Las viejas escuelas tenían como principio humillar á los niños: castigos, carteles en la espalda, orejas de burro (que estarían mejor en muchos maestros), y el chico, perdida la dignidad, entre las risas de camaradas que habían de sufrir el mismo castigo, llegaba á tener consciencia de su falta de valor moral y á sentir el orgullo de sus travesuras, formándose así, por convencimiento, el tipo que se le asignaba para llegar por una desdichada sugestión á ese orgullo del mal obrar que ha clasificado admirablemente Lombroso.

Cuando hemos comprendido ésto, hemos tratado de seguir el procedimiento contrario. Darle idea de su dignidad, que conozca los gérmenes buenos que posee. Si á un hombre se le convence de que es héroe ó santo, llegará á ser héroe ó santo.

La mujer es este niño, no envanecerla con demasiados elogios en un sentido y no exagerarnos más, al mismo tiempo, los defectos que nos achacáis; no hacernos creer en nuestra insignificancia. Dadnos toda la sensación de nuestro valer y de la alteza de nuestra misión. Hacednos como nos deseáis.

Por esto he escogido el tema de las influencias recíprocas que existen entre la mujer y la literatura. Hay que ir á una literatura sana que sea capaz de formar el espíritu de la mujer, y hay que formar mujeres capaces de inspirar esa literatura.

Para probar estos asertos haremos un ligero estudio. En el curso de él podremos encontrar también otro argumento necesario. El de que cuando se nos ha negado la instrucción y los medios de esteriorizar nuestro esfuerzo, en las épocas de más esclavitud, hemos ejercido una influencia real en la vida. Lo hemos llenado todo por la virtud del amor, por la influencia bienhechora del *eterno femenino.* Cuando no hemos sido productoras hemos sido inspiradoras. Se mantuvo encendida por nosotras la lámpara sagrada del artista y del genio, sin las cuales la humanidad no tendría razón de existir. ¿No basta ésto para formar toda nuestra gloria?

***

Los primeros gérmenes de la literatura aparecen en las leyendas. Estas tienen algo de tan misterioso, alado é inestable que en realidad es difícil aplicar las leyes de la investigación y constreñirlas á los estrechos límites del análisis. No es el ambiente de un teatro el ambiente de las leyendas. Como las edelveis de las nieves, como las frágiles flores del almendro, la leyenda necesita el aire de las montañas y la música de cristal de las ondas de un río; ríos y

montes en los que nacieron y á los que ellas, como hijas piadosas, han consagrado. Parece que hay que referir las leyendas en voz baja, al lado del hogar, en las noches frías, cuando el viento silba en el cañón de la chimenea y la llovizna azota los cristales. En esas noches de tormenta en que tiemblan los niños, rezan por el caminante las mujeres, y el campo se encoge aterido, como si quisiese esconderse en el regazo de la madre tierra ¡Oh el aroma de las leyendas! Ellas nos persiguen en las márgenes del Rhin, en los ventisqueros de los Alpes, en las sombras de la Escandinavia. Son las leyendas más poéticas, más misteriosas, esas que han nacido en los países de brumas y de sombras. La leyenda oriental tiene otro matiz de espejuelos y centelleos. Las primeras son todas de espíritu, las segundas cubren desgarrones con trajes de arlequín y sorprenden más que conmueven; pero unas y otras encierran y condensan todo el espíritu de los pueblos. Son á veces las fuentes de la historia misma, despojada de su aridez, jugosa, fresca y viviente.

Porque no siempre la leyenda crea seres fantásticos y figuras de ensueño; no siempre es un mito representativo del genio popular: también á veces se tejen con sus áuras mallas en torno de personajes reales. Si penetramos implacablemente, como el cirujano que explica una lección de anatomía y descubre nervios y tendones con su escalpelo, en el fondo de la vida de seres reales y admirados, veríamos qué poco nos quedaba de ellos despojándolos de la leyenda. Unas veces un cuerpo desnudo, otras veces un uniforme sin cuerpo: los ha vestido ó los ha formado el encanto de la leyenda.

Yo recuerdo mi amargura cuando un día en el Generalife de Granada la voz de un arquitecto iba ahuyentando mis visiones de sultanas y abencerrajes; y recuerdo mi pesar cuando en Toledo el razonamiento de un catedrático me decía, ante las carcomidas piedras del baño de la Cava, que no existió tal baño, ni siquiera la bella Florinda de ojos de turquesa fué un personaje real. Al arrancarnos esta creencia de que hayan existido una Florinda ó una Zoraida tal como nosotros las concebimos, parece que tenían existencia real en nuestros corazones y que mueren dentro de ellos. Por eso, sin duda, yo he mirado como recuerdo de relicario la trenza de los cabellos de Lucrecia Borgia en el viejo Palacio de Ferrara. Venían á legitimar una figura de leyenda.

¿Cómo clasificar las leyendas para nuestro objeto?. Intentaré hacerlo por su nacimiento y por su espíritu. En el primer concepto, leyendas del Norte nacidas en los montes ó en los ríos; y leyendas de los países de sol, en el segundo.

Leyendas irreales, fantásticas, imaginativas y leyendas levantadas en torno de una figura ó un hecho real.

Pueden todas subdividirse en las pequeñas leyendas dispersas, casi perdidas, que repiten todas las voces, y en aquellas que han encontrado su cantor y han constituído las grandes leyendas de la humanidad; como el Fausto de Goethe y la tetralogia de Wagner.

Aún podemos considerar otro grupo de leyendas teocráticas, que han creado sistemas filosóficos y han presentado mitos en figura de mujer, ejerciendo una influencia directa en creencias y costumbres: Eva, Maya, Isis, Milita y Tánit.

Alrededor de todas las religiones ha entrelazado su poesía la leyenda para hacerlas amables. En el mismo credo católico la leyenda poetiza la figura de María con los más suaves tonos de la miniatura, ya la presente en sus sufrimientos al pié de la cruz, ya nos la pinte con los encantos de la madre joven en sus ocupaciones humildes y sencillas.

Pero hay leyendas perjudiciales, que ocultan un veneno en su suave poesía.

A la leyenda de Eva seduciendo á Adán por instigación de la serpiente se han debido largos años de esclavitud femenina.

San Ambrosio dice: «Eva dió la manzana á su compañero y causó por su ligereza la perdición del género humano; es justo que la mujer viva sujeta al hombre en lo sucesivo, para que no le pierda su imprudencia por segunda vez.»

Y hay también otras leyendas que han querido presentar como impura la maternidad y como imperfecto el estado más santo y respetable, puesto que en la evolución y selección de la especie la hembra ha creado á la mujer y la mujer á la madre.

Tales son las leyendas comunes á todos los paises que crean en Oriente á la Maya india, y en Grecia la concepción de la Luna encarnando en Diana, diosa de la Primavera y de los bosques, que no tiene piedad de la infeliz Calixto, en tanto que ella esparce los efluvios de la eterna renovación; y en el Norte, la Brunhilda, que pierde su condición de Walkiria al ser esposa de Sigfrido.

Y de aquí el sacrificio de las Vestales y de las vírgenes cristianas subyugadas por estas narraciones.

En cuanto á las leyendas que pintan hechos sobrenaturales y hechizos, han ejercido una influencia funesta sobre la mujer; las que fomentan las ideas del maleficio femenil crean las sirenas que engañan con su canto al incauto marinero, para hacer desconfiar de nuestro sexo; los que nos satirizan pintan la bruja y la hechicera, degeneraciones de la sibila y de la druidesa. Con estas leyendas funestas se quemaron mujeres infelices en las hogueras de la Inquisición. Hojead sus anales y comprenderéis hasta dónde llega el poder de sugestión. Veréis casos de mujeres quemadas vivas, persuadidas ellas mismas de su brujería, declarándose autoras de la muerte de personas vivas, presentes á su ejecución. Las leyendas han creado las visionarias y las grandes santas con sus éxtasis místicos, como Teresa de Jesús y Bernardetta; las grandes heroínas iluminadas, como Juana de Arco y Catalina de Sena. La leyenda nos ha llevado hacia lo sobrenatural, cautivando la viveza de la imaginación ociosa de la mujer.

Conozco un caso relativamente reciente de la sugestión de la leyenda. A principios del pasado siglo, en Cabo de Gata, un grupo de campesinos, bajo la sugestión de un loco que les leía la Biblia, se creyeron personajes de la Escritura, persuadidos de su divinidad, en las modestas tareas de leñadores, segadores y braceros.

Pero un día quisieron obrar milagros y el *Padre Eterno* mató y picó á su propio padre y lo echó al Mediterráneo, para que resucitase joven é inmortal.

En toda la región son célebres las locuras, delirios y hasta crímenes que obraron los Santos de Cabo de Gata á impulsos de su extraña personificación. La Guardia civil tuvo que despojarlos de su esencia divina.

Estos frutos de leyendas supersticiosas que nos parecen lejos de nosotros están muy cerca por desgracia. Podría citar mil casos de muertes y locura causados por influencias de leyendas. Ahora mismo la muerte de esos infelices niños de Barcelona, víctimas de una hembra criminal, y el crimen de Gádor y tantos otros ¿no son aún productos de funestas preocupaciones del vulgo, al que enseñó la leyenda á creer en terribles supersticiones?

La leyenda del niño santo martirizado por los judíos, y la del Crucifijo y las Hostias pisoteadas por éstos, ¿no fueron un arma indig-

na de combate esgrimida contra el pueblo de David y de Heine? Merced á ella se encendieron odios y fanatismos, se les arrojó de sus hogares, se cometieron crímenes, injusticias y divisiones de eso que llaman razas ¡Cuántas Sulamitas y Berenices tuvieron que llorar por sus más caros afectos! Y no sólo la literatura ha conservado la leyenda, la ha consagrado también el arte. En casi todas las catedrales viejas veréis el tremebundo cuadro que enseña á odiar al Pueblo de Israel, junto con el gigantesco Cristobalón

Toda el alma humana se retrata en sus leyendas. Va creando sus figuras de mujer paralelas á sus ideales religiosos. Cuando ama al Dios de los ejércitos, al Dios del Sinaí, con su corona, rayos y su brazo omnipotente, crea la mujer fuerte: Judit, Débora y hasta cruel como la Jezabel ó Herodías. Paralelo tiene el paganismo sus diosas guerreras y se sostiene el mito de las Amazonas, terribles vírgenes combatientes, conocidas con el terrorífico nombre de matadoras de hombres.

Con el Dios misericordioso surgen las mujeres piadosas La Verónica, que, sin ser creyente enjuga el rostro de Jesús, movida de una compasión semejante á la que hace á Magdalena ungirle los pies de nardo, y á Marta ocuparse afanosa en su servicio

El dolor lo encarnan todas las leyendas en una mujer. Reinas del dolor son la Virgen Madre entre nosotros; y la hermosa Niobe, del paganismo, viendo caer heridos de muerte á los hijos que no han de resucitar.

Del mismo modo el amor supremo encarna en figuras de mujer. El amor es el elemento primordial de las leyendas. Amor que no es más que uno en alma femenina; amor que mata ó se inmola; amor de madre, de santa ó de enamorada: ¡siempre amor!

Ama la terrible *dama del pie de cabra*, aman las brujas que van al aquelarre, aman las almas que pasan en la barca del barquero infernal, ama la diosa Istar cuando baja al seno de la muerte en busca del Hijo único. El Olimpo, el Parnaso y el Cielo están llenos de amor. Dante mismo borró la concepción del Infierno «un lugar en donde no se ama» colocando entre sus ráfagas de fuego el beso eternal de Francesca y Paolo.

Desde Psiquis, que, perdido su esposo, trabaja para recobrarlo, sin arredrarse ante las pruebas más duras, hasta la fuerte Onfalia, que humilla á Hércules, y la perversa Circe, con cuya copa se vuelven los hombres bestias, hay una gradación de matices que han sido imitados en la vida en las figuras reales de Eloisa, Eleonora y Lucrecia Borgia.

Hero, Safo, Lorele y las amantes infelices muertas de amor ¿no han influído acaso sobre Julieta é Isabel? Y á su vez ¿no hay gérmenes morbosos en la historia de estas grandes enamoradas que ejercen su influencia en mil suicidios anónimos? Tal vez el que la leyenda nos haya pintado siempre pasionales influya en que se haya hecho para nosotras el amor sexual lo primordial de la existencia. Tal vez se ha moldeado nuestra naturaleza con arreglo á la concepción que se nos ha dado de nosotras mismas.

Esto bien encauzado, sustituyendo á ese amor pasional con todos los delicados matices del amor en su divina esencia, nos puede capacitar para una mayor suma de felicidad, puesto que el desdoblamiento de nuestro ser será más intenso cuanto mayor radio alcance nuestro amor á todo lo existente.

***

Aparece en sus comienzos la poesía épica y la tragedia. La primera prescinde de la mujer. Los hombres cantan los grandes hechos que les reducen y descartan los sentimientos que en esta época de rudeza y lucha les parecen signos de debilidad. Sin embargo, en los cantos de Homero, quizás porque en su épica interviene mucho el lirismo ó porque sus poemas son la recopilación de las leyendas de la Helade, la mujer recibe el homenaje del poeta en muchos pasajes.

Pero, en general, las tragedias griegas encarnan en sus mujeres venganzas, odios, crímenes y pasiones de furia. Ellas tienen la concepción de las Enmenides y la sátira de *Las Junteras*, injusta caricatura de las mujeres que se interesan por el progreso de su patria y que parece escrita por un oscurantista de nuestros días.

Si la Grecia nos dejó en sus estatuas el cuerpo divino de sus mujeres, hay que complacerse en creer que en sus tragedias no nos ha dejado su alma. La hermosura de Elena, de Frine ó de Aspasía no se conciben al lado de los espíritus de Casandra y de la esposa de Agamenon. Simonides mismo, el cantor de las glorias patrias, la veja y la maltrata en sus fábulas. Es la griega una literatura falsa, efectista, que no debió moldear á sus mujeres, aunque otra cosa sostengan los que confunden el mérito literario de lo clásico con los errores fundamentales que pueda tener, y todo por ser clásico lo conceptúan bueno sin discusión.

Hay también que tener en cuenta que la filosofía ha sido el género literario que menos ha influído sobre nosotras cuando se nos ha dado en forma didáctica, que ó no hemos leído ó no hemos sabido comprender.

La perniciosa literatura de la decadencia griega y de la romana no hizo más que retratar, en lo que á las mujeres se refiere, las costumbres licenciosas de su tiempo. Sin duda, el autor predilecto de las escasas damas romanas que leían fué Ovidio, en lo más frívolo y de mero entretenimiento.

Los primeros siglos de cristianismo acentúan más la ignorancia. Se tiene miedo y no se lee, se censura y apenas se escribe. La mujer se aparta y se asila; se teme la instrucción como un delito y se confunde la inocencia con la estupidez.

La literatura de la Edad Media es perniciosa para la mujer. De un lado las inmoralidades de Bocaccio, y de los autores del Novellino Italiano; de otro, las superticiones, milagros y hechos heróicos de sacrificios y martirios de los libros religiosos; el romanticismo exaltado de los imitadores de Dante y de Tasso, y sobre todo la falsedad de los libros de Caballería ofreciéndole un culto hipócrita. Se hacía á la mujer reina y señora para vejarla mejor, para adormecerla en su papel de dispensadora de gracias, y hacer de ella un ser decorativo, fuera de lo real, soñando con el caballero galano y trovador que había de desencantarla con el impulso de su brazo. Una especie de bella del durmiente del bosque. En este período nace en la mujer el deseo de admirar, el anhelo de ver superior al objeto amado, ya en el orden físico ó en el resplandor de la inteligencia. Una aspiración á lo extraordinario que nos lleva á disgustarnos de la realidad y buscar lo ideal, lo suprasensible; raíz del amor de las grandes místicas y de las terribles Margarita de Borgoña; raíz también de mil ignoradas desgracias familiares en que

DEPOSITO

las mujeres, extraviadas por este sentimiento, han abandonado lo real por lo fingido; la paz del hogar por infecundos hechos.

Los autores de la Edad Media falsearon también el tipo femenino. Surgió la dama hipócrita de las comedias de capa y espada. Cuando se quiso hacer de cada moza de molino una dulcinea, la realidad apareció despiadada con su mueca burlona, pero en cambio toda mujer quiso idealizar como el más perfecto caballero de la tierra al hombre amado y la vida real repitió con frecuencia la tragedia de Calixto y Melibea.

Los libros sobre los que triunfa la mujer siempre son los de poesía subjetiva. El poeta lírico es más desinteresado con ella. La canta como la sueña ó como la encuentra, pero no la crea. Hasta las figuras que describe son de mujeres reales, como la Marfisa ó la Lugelia del Ariosto.

Sin embargo, durante una larga época y aun de vez en cuando los poetas se complacen en maltratar á la mujer. En el siglo XV Luis Alameni, en su sátira contra las damas dice:

«Quien anda tras mujer anda tras guerra
y por deciros la verdad, en suma
anda tras cuanto mal hay en la tierra.»

En Inglaterra Lord Byron, tan amador y tan amado, decía que «eran seres bellísimos; pero inferiores, capaz de estar contentas con un espejo y almendras tostadas.»

En Francia nos son bien conocidas las sátiras de Robelais y de Voltaire.

En honor de la galantería española hay que confesar que no se exagera esta tendencia, aunque no dejó de obsequiársenos cantando nuestras perfidias. Abunda más en nuestra literatura el tipo de esas damas traviesas, calderonianas, falsamente ingenuas, muy apasionadas, que son las mismas que aparecen después comunes á Molière y á Moratín: esas mujeres honradas y fuertes en el fondo, pero á las que se las oprime de tal modo que bajo su capa forzada de exasperado candor guardan una endiablada malicia femenil.

Hasta los que en la vida prodigaban sus respetos á las mujeres se creían obligados á manifestarles desagrado ó desprecio en sus escritos, merced á una moda que ya hemos visto tuvo sus precedentes en la literatura clásica.

De la misma manera, otra multitud de poetas ha cantado á la mujer sin sentirlo, cuando la moda lo impuso como allí querían. Entonces para ser poeta había que estar rendidamente enamorado de un imposible, llorar, lamentarse, declararse desdichadísimo, desalentado y pesimista. A cuántas románticas ha engañado esta clase de vates llorones. Se necesita cierto grado de experiencia para saber distinguir el acento de las plañideras. Hay que familiarizarse con la literatura genial; con el respeto de Dante á su amada; el dolor morboso, pero real, de Tasso; el pesimismo verdadero de Leopardi; el misticismo humano de San Juan de la Cruz; la desesperación del canto á Teresa de Espronceda; el apasionamiento de Byron, y el dolor con que Haine olvida sus ironías para llorar vencido sus amores. Entonces se ve fácilmente la distancia que existe entre ellos y los imitadores ridículos, entre las cerebralizaciones de los que solo versifican y la inspiración de los poetas. Entre los que buscan motivos en lo externo, sin saber que no se pueden encontrar fuera de nosotros mismos, los que hablan sin tener nada que decir y los que nos dan su vida entera en sus composiciones. Tal vez el reinado del genio no es más que la sinceridad. Esta abunda en nuestra literatura poética. El grito

de pasión más real es el de Espronceda; la melancolía más honda, la de Becquer; la fe más acendrada, la de Zorrilla; la ira más dulce, la de Campoamor; es Rubén Darío, rey de elegancias; y monarca del palacio de los sueños, Juan Ramón Jiménez, modelo de sinceridad: solo, triste, sin odio ni rencores; sin vanidad ni modestia; sin rebuscamientos ni efectismos, verdadero *elegido* que, sin contaminarse de la levadura del vivir, engarza palabras castellanas escogidas para decirnos con belleza sus sentimientos, revistiendo el lenguaje de arpegios de ruiseñor. Su acento es acento de ensueño; se adivina un poema inédito en cada una de las frases en que lo sintetiza; se le ve el alma al través de ellas como se ve la luz al través de una puerta entornada..... Lo cito (yo que no lo conozco) porque puedo dar un ejemplo viviente y consolador de que la poesía no ha muerto entre nosotros, y existen seres que, sin decandencia ni debilidad, sin tener que apelar á la descripción de gruas y maquinarias en renglones cortos, saben dar todas las sensaciones hondas y puras de los que se han llamado *poetas del amor,* preferidos de la mujer, como Musset y Heine.

Si el sabio se envanece de que lo lea el sabio que le ha de juzgar con el cerebro, el poeta debe envanecerse de que lo lea la mujer que lo ha de juzgar con el corazón.

Y, sin embargo, por uno de tantos prejuicios como existen aún entre nosotras, se aparta el libro de poesía de la mujer, por la vulgar creencia de que exhalta demasiado la imaginación.

No temed á la poesía.

Si es verdadera poesía jamás puede ser perjudicial; por romántica que sea no nos extravía; al contrario, nos hace buenas, nos hace humildes, nos hace comprensivas. Después de leer á Juan Ramón, ó á otro poeta como él, nadie cometería un crimen.

Fijáos en que la poesía no nos da tipos hechos, nos da sentimientos y ya desde antiguo es sabido que el sentimiento de la belleza se confunde con el sentimiento del bien.

***

Las influencias literarias se dejan sentir más claramente desde el comienzo de la Edad Moderna. La Reforma abre las puertas de la conciencia al libre examen, la imprenta divulga el pensamiento, el Renacimiento le presta un nuevo impulso como su arte. Ninguna época elaboró con más rapidez ideas y formas; asusta el paso gigante que la humanidad, tan largo tiempo estacionaria, da al acabarse ese período que llamamos Edad Media y de la cual vive aun algo entre nosotras, porque una edad no muere ni termina, ni se corta de un golpe de hacha. No acaba cuando arbitrariamente la damos por acabada. Las transformaciones que marcan una nueva Edad se desenvuelven simultáneas á las últimas violentas convulsiones de la edad que desaparece. Ideas nuevas vienen á convulsionar á las pasiones y la lucha que sostienen es apasionada y terrible, con la desesperación de las cosas destinadas fatalmente á morir y que se aferran á la vida. Las mismas ideas nuevas que nacen débiles, marcadas con la huella de atavismos difíciles de arrancar de nuestro ser, porque ellas han formado costumbres, vocabularios y hasta los mismos elementos de juicio con que hemos de operar, se engrandecen en la lucha.

Seres materiales, con derecho á la vida, la idea, una vez concebida, no puede sujetarse á la obscuridad de la celda en que se enjendró; se lanza entre sus hermanas que pretenden ahogarla si ven en

ella un peligro para la preponderancia á que aspiran: ¡así han obrado desde Caín y Abel todos los hermanos! Es propio de los seres superiores el deseo de destruirse: ¡qué extraño tiene que como colmo de perfección las ideas se devoren unas á otras!

Las luchas del siglo XVIII fueron luchas de ideas. Los hombres del Terror, los que hicieron la revolución en Francia (y no la llamó revolución francesa porque es revolución de la humanidad) fueron el brazo de los escritores; de La Fontaine, La Bruyere, Pascal, Molière y Bioleau enseñando á despreciar la aristocracia; de las ironías de Voltaire, de las doctrinas de Calvino, de la filosofía de Juan Jacobo Rousseau y de los atrevimientos de Saint Simon, que iluminaba con sus *Memorias* los vicios y torpezas de los palacios.

La característica de la literatura de este tiempo es la duda, la indecisión, el anhelo de ver claro, de sustraerse á los atavismos que hacen al sentimienio rechazar las voliciones de la razón que lo son contrarias porque están formadas en un medio diverso. Byron ha sido el sintetizador poemático de esas terribles luchas del *yo* contra el *yo* mismo, que destrozan al individuo y repercuten sobre la especie.

Nuestro deseo de poseer la suma del tiempo con el nombre de *eternidad*, cuando apenas nos pertenece un instante sin medida en la magnitud de su curso, forma el anhelo de la realizacion de otro imposible. Los seres que llegan á la vida en estas épocas de transición y lucha, de trasformación y de espasmos, son como la brújula destrozada entre el fragor de la tempestad, que todavía tiembla y oscila bajo su cristal, tratando de hallar el polo ideal cuya orientación ha perdido.

La influencia de aquella literatura francesa que había t nido fuerza para derribar un trono se extendía sobre las demás naciones, á pesar de la reacción que trataba de despertar el gusto por las letras patrias. España sufría una decadencia que la hacía poco influyente en este tiempo. Luzán en su poética nos enseñaba las reglas del clasicismo francés, y la musa italiana canta bodas y bautizos de un modo servil, aunque lleva en el alma

«Un desiderio della belleza antica»

avivado por los descubrimientos de las ruinas clásicas de Pompeya, Herculano y Pestum.

El ejemplo grandioso de los Medicis, inmortalizados por los artístas hacía Mecenas á todos los príncipes y grandes señores de Europa y creaba una escuela de artistas asalariados en todas las naciones.

En la Gran Bretaña los escritores más reputados mendigaban el favor de la aristocracia. Young mismo encadenó su inspiración al servilismo, y escribe en su vejez solitaria la empalagosa lamentación de *Las Noches*. Inglaterra inyecta su *spleen* en la literatura con esta obra, los sueños melancólicos de Gray, la desequilibrada fantasía de Macferson y el misticismo de Cowper, mientras Alemania enciende el faro de luz de la estética de Sulzer y las críticas fundamentales de Lessing y Engel. Aparte Hoffmann, que canta sus visiones engendradas en la taberna, todos los escritores alemanes están influídos por la filosofía que les atormenta.

No puede hacerse aquí un estudio de esta índole con la atención que se necesitaría. Parece que generalizo demasiado; pero es indispensable conocer cómo nacieron las mujeres tipos que más han influído sobre la mujer real en los siglos XVIII y XIX. Yo creo que han sido la Margarita de Fausto y la Carlota de Werther, debidas á Goethe, hijas por lo tanto de las teorías de Loke, que no admi-

te más fuente de conocimiento que los sentidos, y de Condillac, que con su regresión á Descartes estudia la idea por el lenguaje y llega á un sensualismo ideal.

Otras mujeres tipos son las de las obras de Juan Jacobo, parientas espirituales del sistema de Schilling, que camina hacia el panteismo, inclinándose al *no yo*, y de Hegel, que afirma la existencia del ser.

Pamela ó Clara Harlove, de Richardson, son hijas de un puritanismo severo; pueden filiarse (á pesar de las diferencias de comunidad, lugar etc.) entre el parentesco espiritual de Kant, que lleva á Fitche á establecer la responsabilidad de los hombres independientes de la divinidad y sin ser víctimas del fatalismo.

Indudablemente, todos estos tipos de mujeres han nacido de la filosofía y así como antes afirmé que ésta, en forma dialéctica no nos influía, en forma novelable se ha enseñoreado de nosotras.

Pamela y Clara Haslove, inspiradas en el calvinismo, tienen toda la austeridad cristiana, son ultrarrigoristas, verdadero exceso de perfección y crean una humanidad rígida, fría, sin pasiones, moldeada en ese fanatismo que ha inspirado la frase de Bernard Shaw «Dios nos libre de un mundo donde todos quisieran obrar rectamente, sin consideración ninguna». Estas han moldeado una gran parte del carácter inglés.

Las mujeres de Juan Jacobo, con su vuelta al seno de la naturaleza y su exaltación de amor maternal, han sido sanas y admirables. Hicieron huir á la mujer del salón y ser madre, y casera, y amamantar á sus hijos y complacerse en las tareas domésticas. Hacían á la mujer, mujer. María Antonieta misma se disgustaba de su corte con la lectura «De la Vuelta á la aldea» y á su influencia nacieron las magnificencias del Trianon y del Homeau oculto en los jardines de Versalles y de toda esa elegancia de las Princesas pastoras que ha retratado Vateau.

Derivados de estos sentimientos, y sin lograr su influencia nacieron la Gracilla de Lamartine, la Virginia de Pierre de Saint Victor y una multitud de amaneradas novelas bucólicas. La Corina de Mme. de Stael merece ser citada por su influencia señalando el camino del triunfo á la mujer artista.

Margarita y Carlota son enfermas, desequilibradas y hacen daño al espíritu. La primera encarna la duda del siglo, representa el soplo de ensueño, nieblas y nubes fantásticas, viento que estremece con ruido amedrentador en los viejos ventanales de los arruinados castillos. Carlota, con su coquetería escudada en la inocencia y la bondad, es en medio de la sencillez aparente, un espíritu complicado de cuyos repliegues puede formarse igual la austeridad de Amanda que la dama de las Camelias de Dumas; la Madame Bovary de Gautier ó la Ninón de Zola.

Pero esta austeridad, ese recato real ó fingido de las mujeres noveladas antaño parece irse perdiendo conforme nos acercamos á los novelistas modernos; faltan en ellas creaciones originales y las pocas que tienen son falsas. Precisamente por buscar la originalidad confundiéndola con la extravagancia existe en nuestros días ese desquiciamiento y esa falsedad en nuestra literatura, que no ha formado aún un tipo de mujer *que quede*. Hacen sólo vulgares maniquíes que respondan á la pasión que les asignan; las hacen mujeres de Eden Concert y les fabrican una plataforma para exhibirlas.

El traje tiene más importancia que ellas, y en lugar de preocuparse de su alma se preocupan de que se sepan vestir... y desnudar.

No se les da intimidad de mujeres y se quiere luego que existan en la vida mujeres de intimidad.

Una gran mayoría son imitadores de Murger y de Jean Lorrein con sus tipos decadentes y perversos. Se entusiasman ante el feudo perverso de Remy de Gourmont que con forma admirable expone sueños, desquiciamientos que no pueden satisfacerse en el seno honrado del hogar y causan un verdadero daño á la sencillez de las mujeres. Hasta las adolescentes de hoy, bajo el influjo de estos libros, saben que deben ser *un poquito picarescas*.

Los escritores tienen á gala el no oficiar ante el altar de un solo amor puro, no se conciben ya un Dante ó un Abelardo. Necesitan en sus libros muchas mujeres y con la tendencia hacia el realismo, perfeccionado por el arte; escriben una novela vivida, casi fotográfica; el novelista explota á la mujer que le ama. El ejemplo lo da, desgraciadamente, un escritor genial; entre otros, Gabriel D' Annunzio ha hecho tristemente célebres sus amores con la Dusse. Il Fuoco, esa magnífica novela encierra en el fondo la acción indigna de macular, lanzándolas al viento, las intimidades de un amor real de las sensaciones para los males debe el alma ser arca santa de recato. Se cuenta que al leer la infeliz artista el libro quiso arrojarlo al fuego con un movimiento de indignación y su secretario le detuvo el brazo diciéndola:

«Señora, su dolor de usted ha engendrado una obra genial. Repasémosla.»

¿Vale todo el genio y todo el arte el dolor de las dos lágrimas que brotaron en aquél instante del corazón de la artista?

No podremos aplaudir nunca que se destrocen almas para hacer libros.

Existe una multitud de autores mediocres multiplicando aventuras para explotar mujeres en malos libros. Se ha abandonado la escuela estética de Leonardo de Vinci, que presenta en su cuadro una sola figura bella sintetizando y haciendo resaltar sobre los demás detalles: se va á la escuela holandesa con todas sus múltiples figuritas sin más importancia que la luz que es la que envuelve: y en la literatura es difícil hallar un Rembrand.

Se llega ya hasta á despreciar á la mujer, aparecen nuevas escuelas que pretenden eliminar á la mujer de la obra literaria. Pero hasta ahora todos los libros cuyos personajes son hombres solos, tienen la sequedad y la aridez de Robinsón de Foe, ó el interés de las entretenidas novelas de Maine Reyd ó Julio Verne; pero en la obra artística no hay ningún ejemplo genial en que no intervengan personajes femeninos.

Desde luego que hay muchas cosas en la vida que están fuera del amor pasional y son interesantes y artísticas; pero no hay ninguna en que se pueda prescindir por completo de la mujer. Ella está en todo, se la puede no nombrar, pero la adivinaremos siempre; los colores son hijos de la luz y aunque no se la nombre se sabe que está en ellos. Aun prescindiendo del amor pasional, no se prescinde de la mujer. Hasta la arquitectura le rindió su homenaje cuando aumenta sus modelos para crear la columna Jónica, recordando en su forma el airoso peplum que la cubre y en sus volutas las trenzas de sus cabelleras. En España no entra aún esta literatura decadente: cuando se quiere hacer una obra de hombres solos, en el teatro, no se encuentra más que *Parada y Fonda*, que carece de grandeza y de interés.

Desde luego que, sin caer en prejuicios ni exclusivismos, debiéramos ir hacia la literatura por el arte, sin la idea fija del amor y escribir obras de hombres solos con conflictos que despierten el inte-

rés y obras en que las mujeres se mantengan por su interés espiritual.

No debe el escritor inmovilizarse en ideas fijas ni exagerar para formar sus tipos, vicios y virtudes de las heroínas. A veces el orgullo de la mujer no nace de ellas, brota de las exageraciones persistentes de los que las falsean para presentarlas siempre con brillantez, ya sea en sus vicios ó en una apoteosis tan pretenciosa que llegan á parecer *cínicas de virtud*.

Porque el agrandar tanto las condiciones buenas crea el defecto de la exageración de perfecciones en que se vician y se rompe la comunidad de la mujer por esos fanatismos de grandeza iluminada. La comunidad de los hombres no padece con la apología de las novelas, porque no se les aparta de la realidad. El defecto en lo relativo á la mujer está en que, ya en un sentido, ya en otro, siempre se quiere hacer de ellas cosas exclusivas.

Fijaos en que pocos novelistas retratan á la madre, ese personaje capital y dramático de la vida; en su lugar se encuentra una madre absurda, callada y accidental en la obra; si no les conviene un gran conflicto maternal.

La madre normal, grande en su sencillez, no la busquéis en ningún libro.

Parecía natural que al ser escritoras los autores de libros desaparecieran esos defectos; pero desdichadamente la mujer al escribir siguió un camino trillado. Nos gusta oir decir de nuestra labor que parece obra de hombre, como un elogio supremo. Los tipos femeninos pintados por escritoras pueden ser falsos, tener una sola faceta, el único matiz que le presentamos al público.

Las concebimos con las inquietudes anormales de nuestro espíritu que se aparta del espíritu de la colectividad. Si pintamos una mujer fuera de nosotras es menos mujer que la que describe un hombre. Ellos la han tenido más cerca en los momentos de intimidad que nosotras y ellos conocen á los de su sexo mejor que los podemos conocer nosotras.

No impide ésto que la mujer pueda crear bellas obras de arte; pero parecía que nuestro camino estaba trazado para hacer una labor de sinceridad.

Si he de confesarlo francamente, la pluma femenina no ha hecho más que perjudicar á su sexo. Jorge Sand y Mme. de Stael crearon mujeres envenenadas con gérmenes morbosos; y recientemente las escritoras de todos los países se han complacido en pintar sus neurosis y sus extravíos con lamentable precocidad. Hasta las Princesas como Luisa de Bélgica, Luisa de Sajonia y otras han enlodado su estirpe y sus nombres de mujeres, complaciéndose en cantar sus extravíos. Rachilde y Collette, en Francia, sobresalieron entre otras escritoras de verdadero mérito por una originalidad que sorprendió. Las dos escriben admirablemente y el pudor no se unió jamás á su pluma.

Asusta que una mujer levante el velo de su intimidad como lo hace Collette. Téngase sin embargo en cuenta que la autora de las *Claudinas* está casada con un escritor poco escrupuloso y que éste la explotó para comerciar con el cinismo. En realidad, obra de Collette era obra de hombre. Tenía el fondo de enorme verdad de la sensación femenina narrada por una mujer, y el atrevimiento del hombre que la presentaba en toda su crudeza. Separada de Villy, Collette ha escrito *Retiro Sentimental*, impregnado de tan dulce melancolía que nadie reconocía en ella la traviesa colegiala cuyo tipo extravió á tantas jovencitas ansiosas é inexpertas.

Las escritoras no falsearon sólo la vida de las heroínas, falsearon sus propias vidas, desde Jorge Sand á las actuales desequilibradas á que me refería antes, y las cuales creen no se puede cultivar el arte en la sencillez de la vida modesta y familiar y buscan ansiosas el elemento del escándalo.

Por fortuna, ha habido una reacción contra esto. Hoy la escritora de moda en Francia es Margarita Adux, una joven obrera que cuenta sanidades de su infancia humilde y trae un aura sana de vida campestre. Se desecha el realismo grosero y se tiende hacia lo ideal, dentro de lo real, y á lo artístico, y á lo bello, y á lo casto.

Por desdicha, aquí, con el retraso que tenemos, se desea imitar ahora á Collette, ya *demodé* en la literatura mundial, y aparece entre nosotras la escritora ansiosa de *epatar* con procacidades de mal gusto, que empieza por hacer su biografía de perversa con una inocencia lastimosa y por querer dominar al público con el encanto de sus gracias como una *divette de music hall.*

La literatura no es eso, es algo muy alto, muy sagrado, que se debe mirar con respeto.

Oscar Wilde cuenta el caso de una señora enamorada de un tipo de novela que la seguía ansiosa de imitarla en todos sus detalles mientras el novelista hacía su creación.

Al final de la obra la heroína se escapaba con un hombre vulgar. La lectora, con la sugestión de su ideal, se escapó también con un hombre cualquiera.

Por eso, al leer en el Elogio de la Mentira, del mismo autor, su máxima de que «no se debe documentar el artista en la realidad», pensemos cuánto daño puede hacer la falsedad en los lectores incultos.

Es indudable que la ficción embellecida de realidad presenta más bellezas que la realidad escueta, con todas sus facetas, á veces poco artísticas. Pero es preciso que la mujer sepa leer en el fondo de la obra y conozca el convencionalismo que existe en ella para que no se dé el caso de que llegue á tomar por ejemplo esos tipos extraños, dándoles, para imitarlos, un valor de seres reales que la llevarían á lamentables extremos de neurastenia y de casos inexplicables.

¿Qué de extraño tiene que ejerza tal poder el pensamiento de un autor para encarnar una mujer creada en una mujer viva si él mismo suele sugestionarse con su creación hasta el punto de tener visiones extrañas y fenómenos incomprensibles? Gautier sintió físicamente los efectos del envenenamiento de Madama de Bovary.

El peligro de la novela está en los tipos hechos. Son personas que hablan, qne se mueven, que toman relieve y asiento en nuestros hogares y se nos hacen amigas y familiares.

Como la novela no se lee de una vez, el pensamiento vuelve sobre ella en los intervalos de reposo, y su valor crece para nosotras y nos va poco á poco ganando y dominando.

Rara vez el novelista retrata á la mujer, como el poeta: la crea.

Stendal no ha dicho más que una aspiración de su credo estético; no una verdad al enunciar «que la novela es un espejo que se pasea á lo largo de un camino».

Indudablemente se toman elementos reales de varias mujeres para la *mujer tipo*; pero el resultado es tan convencional que hasta la mujer que ha servido de modelo no se reconoce cuando se copia á sí misma.

Pocas veces la novela es espejo. Examinadlas bien; los libros de caballería enseñan pronto su falsedad y como todos los románticos envenenan arteramente con su mundo de perfecciones ó de perversi-

dades que disgustan del mundo real. Por contraste, un materialismo grosero pretende familiarizar con lo abyecto y considerar sólo como real lo monstruoso.

***

Tenemos que dar una ligera ojeada á otros géneros importantes. La oratoria, el teatro y el periodismo.

La oratoria es más influyente sobre la impresión del momento que sobre el carácter; mueve la voluntad para la acción y es el arma de combate para abrir paso á las ideas. La mujer ha tenido poca parte en ella. Los oradores la mencionaban sólo para halagarla y atraerla á determinada causa. Hasta después de la revolución las mujeres no fueron á los mítins en los que ahora constituyen una gran fuerza. Es que las impulsa á ir á ellos la necesidad de su defensa y conservación. La obrera tiene en ellos que resolver una cuestión social que acabe con la explotación de que es víctima, y todas las mujeres tienen que cumplir una misión social. A nadie como á la mujer le interesa la suerte de la patria, que es la suerte de los hijos. Por amor, sin abandonar el hogar, ha de hacer una obra de extensión fuera de él. Tiene que ser consciente é intervenir en la vida pública. No puede ser igual al hombre (ni lo debemos desear) ante la naturaleza; pero necesita serlo ante las leyes y la consideración social. Nos interesa intervenir en la legislación y que se acabe la pena de muerte, y que terminen las guerras, y que no sean los hijos un rebaño inconsciente pronto á la obediencia y al combate, que se nos arranquen arbitrariamente de los brazos.

El amor á la patria de la humanidad vive en los corazones de mujer. Es algo más hondo que saludar á una bandera, es sentir la enseña santa de la fraternidad de los hermanos. El amor patrio es sentimiento y en el sentimiento no vence nadie á la mujer. La patria es maternal. Decimos siempre *la madre patria*. Las francesas de Alsacia Lerena y las polonesas nos dan un alto ejemplo. Alemania y Rusia dominaron sus territorios, han tenido la conquista, no logran la asimilación. Las madres sostienen el amor de los hijos á la vieja patria, á la cual están unidos sus corazones como rocas inquebrantables. Pero nosotras no debemos educar hijos guerreros. Nadie como nosotras sabe el dolor y el amor que hay en una vida, y nadie como nosotras está autorizada para defenderla. La educación para la vida pública nos la han de dar las conferencias, tal como hoy se entienden, y que han tomado una gran parte en la vida moderna, haciéndose á la vez algo científico y mundano. La conferencia escrita, fruto de pensamiento, no es la improvisación oratoria que estalla con el clarín del combate en las controversias. Tiene un valor educativo. Es la didáctica que llega á nosotras con la vestidura del arte. Una medicina amarga que se nos da en píldoras. Educa mucho más que el teatro.

Tiene esto mucho de inestable y pasajero que le hace poco durable. En la obra teatral vemos el carácter en su manifestación como en la vida: los conflictos nos interesan ó nos entretienen, pero ya admitimos lo convencional de ellos. Como sabemos la mentira no llega á nosotras la verdad. Sólo nos interesan para discutirlos los tipos excepcionales como la Nava de Ibsen y la Fascelle de Meterling. Se ve la obra teatral como se ven las escenas de la vida. No es como el libro que nos habla al oído y nos gana, y nos conmueve y se apodera de nosotros sin que nos demos cuenta.

El periodismo es muy influyente por su continuidad y su divulgación. Se hace á un tiempo de él cátedra y tribuna.

Las columnas del periódico encierran la vida entera con todas sus palpitaciones, la noticia, el suceso, el pensamiento, la evolución política, las ideas de todas clases, la información y hasta el entretenimiento, la frivolidad, el figurín de modas que nos familiariza con la silueta de actualidad.

Puede decirse que el periódico centuplica la intensidad del vivir, poniéndonos por el sistema telegráfico al corriente de todos los acontecimientos del mundo. No comprendemos ya la vida antigua, sin noticias de pueblo á pueblo.

¡Lástima que haya periódicos reaccionarios ó al servicio de intereses particulares! Esos no los conceptúo entre la verdadera y altísima Prensa de que me ocupo.

Esta suele tener sus defectos, hijos más bien de la costumbre. El periódico sería ideal si no tuviera nunca folletines poco artísticos y relatos de crímenes, suicidios, sangre.... toros... y pequeñas novelas de reportaje.

La leyenda moderna la crean los periódicos entrelazándola á las figuras de mujeres mezcladas en un crimen ó de bailarinas y comediantas; cosas ambas de funestos efectos para la fantasía femenil.

Precisamente el periódico debe hacer resaltar la mujer real, con su nombre auténtico y no hacer de ellas seres novelables.

Puede defender á la mujer no con artículos feministas sino justificándola frente á la inverosimilitud.

La mujer periodista está llamada á desempeñar un gran papel para moralizar en este sentido; pero necesita una verdadera vocación. El periodista, de ambos sexos, ha de unir á todas las condiciones del literato su estilo conciso, vibrante, con más ideas que palabras y el ardor apasionado de los combatientes del ideal.

Tiene que tener el periodista valor para decir la verdad como se la ordene la conciencia, integridad para que su palabra sea respetada y entusiasmo para comunicarlo á los lectores.

No es labor de lucimiento la suya; es labor de lucha; obliga á vivir respirando las miserias y grandezas de la vida: los dolores y las alegrías, todo caliente, palpitante, sin presunción ni amaneramiento, ha de pasar de la pluma á las cuartillas que van á las cajas sin leerlas.

La mujer entre nosotros tiene la ventaja de que no desempeña el reportaje con las extravagancias de las norteamericanas y puede elegir su labor educativa; fijarse en adelantos é instituciones benéficas, recoger dolores de los pequeños, de los humildes, de los afligidos, tristezas del corazón, angustias de la existencia de un luchador modesto y tener para todo una palabra consoladora ó una lágrima de ternura.

En el periodismo francés se advierte que la entrada de las mujeres en gran número ha llevado á él algo de la cortesía de los salones, despojando la controversia de los términos violentos que han manchado á veces las columnas de los periódicos. En la lucha de ideas debe reinar el respeto á las personas. Suele ocurrir que el hombre se crea dispensado de la galantería con la mujer periodista y lleve el mal gusto al insulto personal. Son espinas que no deben arredrarnos; levantando el espíritu sobre ellas compadecemos al ofensor, sin perjuicio de imponerle el correctivo con energía.

No es de temer que la mujer abandone la familia y el hogar por el estudio y la ocupación seria, como no lo abandona por ir á bailes,

paseos y visitas contínuamente. La mujer abandona sólo el hogar para hacerse monja. No temed los demás casos. El sentimiento de la familia es natural, va en el corazón y no lo desconoce nadie. El feminismo es una tontería como doctrina, pero existe de hecho como necesidad. No dificultarnos el paso. Ayudadnos con nobleza. Es triste que las mujeres sean insultadas porque no aprenden esgrima..... No nos falta el valor; nos encadena la costumbre y el sentimiento. Es cobarde valerse de esa superioridad para combatirnos.

La primera periodista que hubo en España fué maestra de energías. Carmen Silva, esposa del Director de *El Robespierre Español*, quedó al frente del periódico en Cádiz, durante la prisión de su marido, perseguido como revolucionario en 1811.

***

Voy á terminar. El tema es tan amplio que por mucho que quise sintetizar he abusado demasiado de vuestra paciencia.

En resumen se puede deducir que la influencia de la lectura sobre la vida es tan intensa como la de la vida en la lectura.

Para que la mujer no se encuentre inerme ante una y otra hay que educarla.

Puede considerarse lo que sería la mujer en siglos que llamamos de atraso por lo que es hoy. Aún en su mayor parte no está preparada para resistir las influencias externas con una educación sólida. Se encuentra indefensa y á merced de los caprichos y las tendencias que lleguen hasta ella. A unas se les prohibe leer; á otras se les limitan las lecturas; todavía existen pueblos donde los padres no consienten que sus hijas aprendan á leer y escribir, juzgando esto pernicioso.

Los partidos reaccionarios contribuyen á mantener la ignorancia. Ellos dicen: «No se debe instruir á las hijas; saber mucho no les es necesario; deben estar *sometidas* al hombre; si se les dan ideas se hacen amigas de la libertad y enemigas del hogar y la familia. Y así, sin ningún estudio sólido, no se desenvuelven las facultades intelectuales de la mujer para poder comparar, juzgar, deducir ó generalizar. Estamos á merced de la impresión. Así un libro es una ametralladora en un cerebro: lo desquebraja y lo destruye. Cuando se piensa que la obra que cae en una mano inocente puede modelar todo un carácter, una personalidad, un espíritu, hasta los menos timoratos sentimos terror ante ciertos libros.

Es preciso dar á la mujer un grado de cultura tan amplia y tan sólida que la haga capaz de elegir sus lecturas, de seleccionarlas y de dominarlas, en vez de quedar dominada por ellas. ¡Se introduce, se infiltra y se apodera de tal modo del ser la lectura lenta y continuada!

Las ideas recogidas en la lectura van penetrando poco á poco en nuestro ser, el pensamiento del escritor encarna en el nuestro, que, bajo su influencia, evoluciona y se transforma.

Lo que la impresión dure y la fuerza con que se produzca depende de la cultura y del temperamento; es como la luz que se introduce en algunos cuerpos, iluminándolos con claridad solar, y resbala sobre la superficie de otros. Así las ideas germinan en el cerebro ó resbalan sin penetrar en él.

Cuando sólo se ve en la literatura conjunto de palabras más ó menos galanamente ordenadas que pueden causar placer ó indiferencia, se la mira con amigable tranquilidad; pero cuando se ven en ella carne, sangre, músculos, sensaciones, en una palabra, alma y vida del

ser que la engendra al calor de sus afectos íntimos, hay que mirar el papel escrito con cierto terror supersticioso.

Entended bien que insisto en que no se nos limite la lectura: es que se nos debe educar é instruir para que seamos capaces de dominarla. Los cerebros que no han alcanzado su desarrollo intelectual, son como esos frágiles vasos de barro que se quiebra al menor cambio de temperatura. Hay que robustecer el cerebro. Entonces la mujer elegirá las lecturas de arte y rechazará los libros que la explotan y la extravían. Los autores que por un deseo mercantil cultivan esta literatura perversa, se acogerán á la literatura sana ó dejarán de escribir.

Podemos sintetizarlo todo en dos palabras: El peligro está en la ignorancia y en la falta de realidad.

No os deslumbren jamás, señoras, tipos novelables de grandes hazañas y de grandes estravagancias. La felicidad está en lo cotidiano, en lo sencillo, en lo que se cree vulgar.

¡Dichosas las mujeres que pueden pasar su vida mecidas en el encanto de un amoroso hogar! Sea para ellas la literatura un arte que las ilustre y las facilite su misión, y las libre del oscurantismo, y las lleve al progreso, á las ideas nuevas, á la libertad y á la justicia.

La mujer ha de influir con su cultura en que tengamos una literatura moral y sana; y ha de librarse de los gérmenes morbosos de la literatura, asimilándole las enseñanzas útiles.

Pero siempre, sea cualquiera el libro que caiga en vuestras manos, no creedlo si os señala el camino de la felicidad lejos del hogar y de los afectos íntimos

Se puede hacer obra política sin dejar de ser mujeres y cuidar la familia. Nada de exageraciones.

Dejad que vayan á la lucha las excepciones, los que el huracán arrastra hacia el engranaje de la máquina social que ha de destrozarlos.

No los envidiéis. Leed lo que dice en el simpático é importante periódico La Rioja, de hoy, un hijo ilustre de esta tierra de ilustres liberales. Qué amargura hay en sus palabras. El triunfo es sólo bello de lejos: para el que lo ve de cerca es casi siempre vano y amargo. La envidia, la lucha, la calumnia, ponen en él tanta amargura, hay tanta zarza en el camino, que las manos sangran y el corazón se angustia... El triunfo es dolor.

Vosotras, señoras, tenéis la dicha de vivir en esta hermosa ciudad que tan bien ha entendido vuestra misión y la secunda y la protege.

Me congratulo de pensar que se extienda á toda España el espíritu que anima á Logroño, el espíritu libre, radical, humano de este Centro, y que todos los hombres os presten el apoyo que aquí tenéis con la gran inteligencia y corazón de su digno presidente señor Cadarso y de los señores que en su labor social le acompañan.

Aprovechad todos los elementos para acrecentar vuestra cultura: la obra educativa no termina nunca y cada día se debe añadir un nuevo adorno al espíritu.

Pero no os dejéis nunca deslumbrar, lo repito, por creaciones literarias, por bellas que sean. Vuestro trono está en vuestro hogar, y por extensión en la influencia bienhechora que desplegáis en la sociedad en todos los órdenes.

¡Grande es el artista, grande es el genio, grande es el sabio; pero no hay nada más grande que la flor de pasión que rasga sus entrañas para perpetuar la humanidad! ¡Nada más grande que la

madre! Es preciso que sepamos ser madres, dar la vida del espíritu, sacrificarnos y amar.

Otros oradores de más fortuna continuarán la obra que yo empiezo hoy. Guardad sólo de mí un recuerdo, el del amor, que ha de traer la felicidad á la tierra, que ha de realizar todas las aspiraciones cuando se cumpla la sencilla máxima «Amaos los unos á los otros». Recordadla frente á las guerras, frente á los obreros que sufren, frente á los niños sin protección. No os podrán decir los que os dirijan espiritualmente que no es ortodoxa; no se asustarán del consejo radical que os doy; lo dió Cristo en su cruz. Yo os lo digo desde la mía. Acaso sea una condenación de la conducta de muchos que le invocan. ¿Qué más da? Nuestra mano leal se tiende á todos los afectos.

Si algo ha de quedar de mí entre vosotros sea la aspiración suprema del amor á la humanidad.

El amor es justicia.

PROP. INTI
DEPOSITO